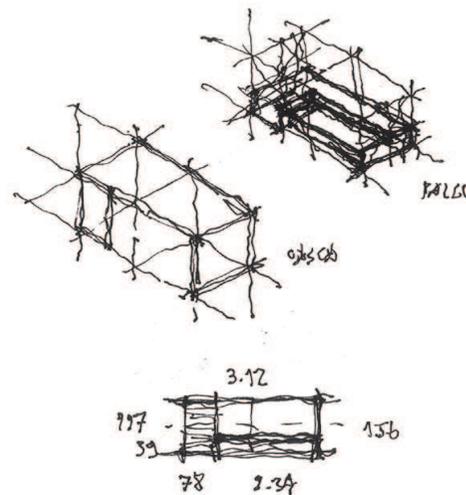


Publicado originalmente en ArchDaily Brasil al día 10 de mayo de 2014, posteriormente como frontispicio del artículo “La Paradoja de la Puesta del Sol: una Inútil Aproximación a la Obra de Arquitectura”, publicado en las Actas Digitales del I International Conference on Architectural Design & Criticism, Critic|All Press, Madrid, 2014, pp. 442-448, y posteriormente en Plataforma Arquitectura.



LA OBRA
por Igor Fracalossi

42

Colección IN SITU XLII

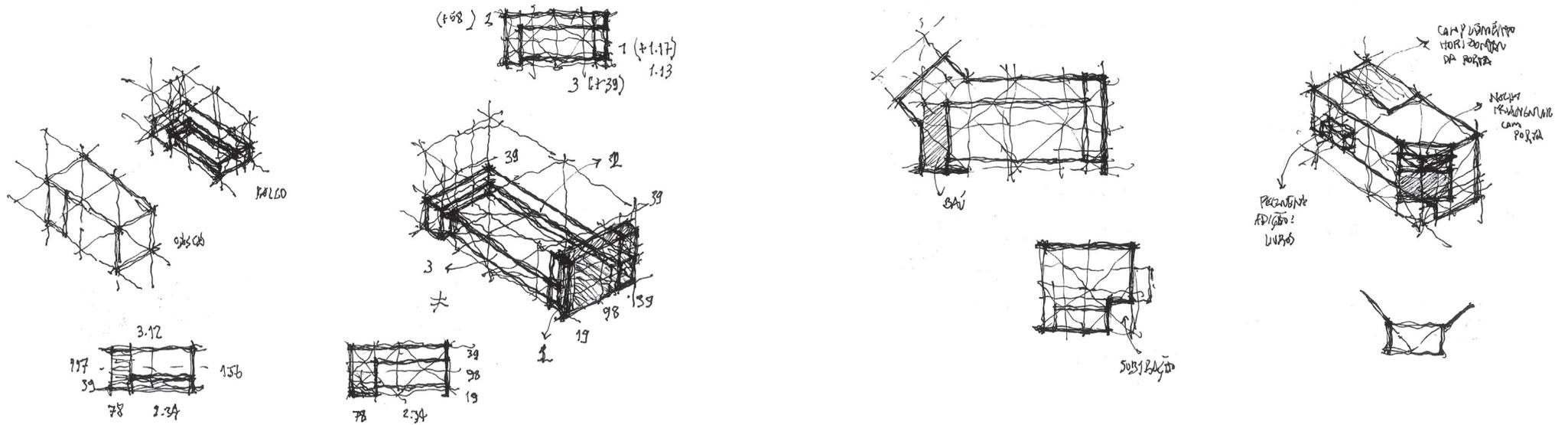
© de las imágenes: Igor Fracalossi

© del texto: Igor Fracalossi

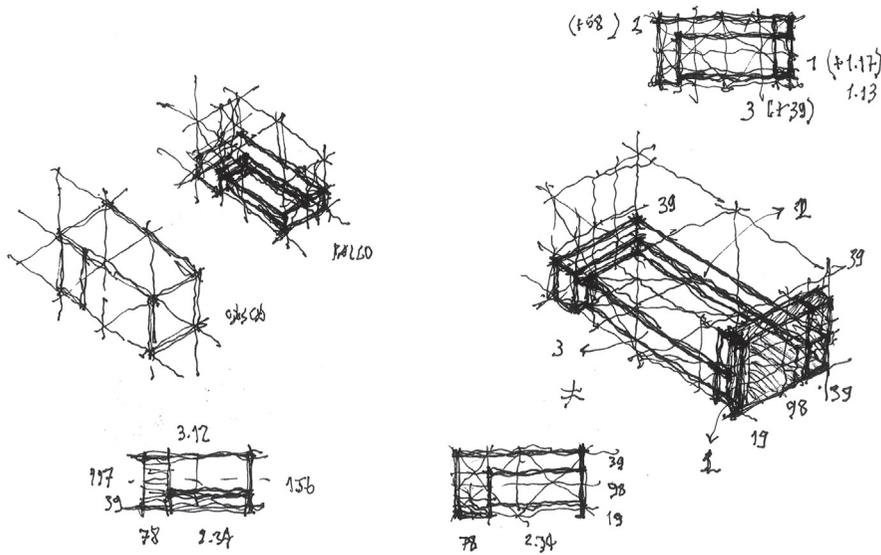
© de la edición: José Quintanilla Ch., Valeria Razeto, Ninna Feijó, y Laura González

Santiago de Chile, diciembre 2017

www.coleccioninsitu.com



Recoge los libros abandonados en el rincón. ¿Qué es lo que la casa nunca ha sido?, funde las interrogantes. Vuelve a la superficie. Ve en el horizonte universal una condición particular. Risca ahora sobre el propio suelo. Lo excava. Lo crea. Lo habita. Lo retracta. Lo proyecta. Todo parece en un instante alinearse. Las acciones apuntan a la faena única de edificar. Me había engañado: el proyecto distrae. La casa imaginaria cobra, aprisiona. El arquitecto se acuerda del encargo: me piden una casa. Sobre el suelo creado él erige una estructura cúbica, cuyo lado mide dos quintos del límite menor. Une los vértices por diagonales. Juega. Sonríe por primera vez. Sigue. Retrata la estructura edificada. Proyecta la cubierta. Materializa lo proyectado. La casa ha creado su propia historia. El arquitecto se da cuenta. Se siente ajeno. Todos sus deseos universales yacían en lo más particular, en lo más singular. El arquitecto edifica una casa. Aquí empieza todo.



El arquitecto recibe o inventa un encargo, no se sabe muy bien.

Le piden una casa. Aquí empieza todo...

El arquitecto se ve movido por un deseo inabarcable y se interroga: ¿qué es la casa? Lucha heroicamente por develar el punto que hace de la casa una casa.

Llegaré a lo universal, afirma altanero. Ante el asombro de la certeza de una posible y precisa respuesta, desiste de su afán conceptual inútil.

Ahora se indaga a sí mismo: ¿qué es lo que yo puedo aportar a la casa?

El arquitecto ha desistido del mundo. Se aísla en su despacho. Ya no quiere pensar.

Promete a los libros la esquina al lado de la lámpara. Risca algo en el papel que tenía hace días delante de sí. No le gusta, pero no se deshace de él. Insiste. Cambia a los pinceles a color. Una imagen completa le pasa por la cabeza. Él no logra hacerla volver. Su afán ahora es recordarla con su trazo. El arquitecto intenta reconstruir la imagen perdida. Se desespera: no puede recordar el diseño de la lucarna que ilumina el baño de visitas. Traza alternativas. Se asombra al ver a su propia mano delineando la lucarna que pensaba haber imaginado. Tiene el diseño preciso, se convence. Entre imágenes va retratando la casa. Entre trazos la va proyectando. En movimientos de ida y venida que se confunden entre sí el arquitecto va edificando su casa imaginaria.

